

# LA MALDICIÓN QUE ARRASTRAN LOS IMPERIOS

Rafael Bautista S.

**Un** nuevo éxodo acontece en el siglo XXI, quizás de mayor trascendencia que aquél que inaugura la historia de las liberaciones. Antes se trató de una salida, ahora la salida ya no es posible (posible es la liberación de los pueblos, inminente la caída de la otrora potencia unipolar y apremiante un nuevo orden mundial). El poder imperial se ha magnificado y ensoberbecido, pero eso no le hace más poderoso sino más vulnerable; su decadencia se anuncia con el derrumbe de sus santuarios: precipitando sus torres (de Babel), precipita su propia caída. La salida ahora se expresa como retorno; no sólo como consecuencia de la privatización y mercantilización de la vida y del planeta, sino por la necesidad de devolverle al mundo —y a nosotros— el equilibrio destruido en cinco siglos de explotación inmisericorde e irracional. Nuestro mundo es uno solo. Y hay alternativas. Si el capital es la muerte, la alternativa es la vida: la vida de la humanidad y la vida de la naturaleza. Por eso tiene sentido el retorno. Si el desarrollo que nos promete el primer mundo nos conduce al suicidio, la revolución consiste en frenar esa carrera insensata; si ya no se sabe hacia dónde se va, es menester hacer un alto, darse la vuelta y ver de dónde se ha venido. Retornar quiere decir recuperar los caminos que, como humanidad, perdimos en cinco siglos de empoderamiento del sistema-mundo moderno. Si lo que propone el primer mundo es vivir mejor, la pregunta inevitable es: ¿mejor que quién? Cinco siglos de modernidad responden: mejor que el resto del mundo. Por eso enjuiciamos, de modo categórico, al “desarrollo” moderno; ese “desarrollo” es subdesarrollo nuestro, la riqueza del primer mundo es miseria para el resto del mundo, el precio de esa riqueza es la muerte de la humanidad y de la naturaleza. Pero el imperio no escucha y, en esa sordera, precipita su propio derrumbe. Así como se endureció el corazón del faraón, así se endurece el corazón del imperio; y todas las plagas que provoca son plagas que salen de su boca. La primera plaga hiere al río Nilo, cubriéndolo de sangre; lo que era objeto de culto, para los egipcios, se derrumba ante sus propios ojos (el Nilo era considerado una divinidad, la vida provenía de sus aguas, que llenaban de verdor el desierto inmediato al río). Si el objeto actual de culto es el dólar, ¿qué representa la crisis financiera? Si el poderío militar gringo era el alarde imperial, ¿qué significan las derrotas en Irak y Afganistán? Si el control del petróleo del Medio Oriente era la garantía de la hegemonía norteamericana, ¿qué significa la pérdida de ese control? Para decirlo en los términos que le gusta al fundamentalismo gringo, en lenguaje apocalíptico y milenarista: ¿no estaremos presenciando la primera de las plagas que inaugura el colapso del imperio?

La narración mítica que evoca la liberación de los esclavos despierta, en la historia posterior, sólo la decrepita fetidez de la decadencia del imperio egipcio. Ya nadie rememora su esplendor, pero todos rememoran los milagros de la liberación; es decir, lo que permanece, en la historia, no es el

imperio aquél sino la liberación de los esclavos. Después de aquello, Egipto nunca volvió a recobrar el esplendor milenario del imperio más antiguo de la historia de la humanidad. Babilonia corrió también una suerte parecida, la misma que arrastra a Roma. Es una maldición que arrastran los imperios. Semejante destino espera a los que se alzan en la época moderna: son gigantes de bronce con pies de barro. Por eso su decadencia es siempre interna. El peso de su poder se vuelve tan descomunal que, precisamente, ese peso los desmorona por dentro. Pero no es sólo un peso físico (militar por ejemplo), sino el peso de la arrogancia y la soberbia: escupen a los cielos sus propósitos perversos quienes en la tierra se alzan como si fueran dioses. España fue imperio alrededor de tres siglos, Inglaterra logra su hegemonía mundial por casi un siglo, Estados Unidos apenas supera el medio siglo pero, ya en plena decadencia, arrastra esa maldición como penitencia. ¿Presenciamos en sus demenciales apuestas bélicas la catastrófica caída del imperio más soberbio en la historia de la humanidad? Repasemos esta decadencia. El mito de la globalización, alimentado por la mediocra-CIA global, feneció en marzo de 2004, cuando no sólo British Petroleum, sino la banca anglosajona, admiten la imposibilidad de controlar el petróleo de Irak, es decir, delatan la pérdida de la guerra que habían desatado por el control geoenergético del Medio Oriente. A esto hay que añadir que, en el orden geoestratégico, Rusia (triumfante ante la agresión de Georgia en Osetia del Sur), en agosto de 2008 obliga a rediseñar la geopolítica global: acababa el orden unipolar en el mundo. Las nuevas potencias emergentes: China, Rusia, India, Brasil, además de Irán, logran reconfigurar el nuevo orden multipolar del siglo XXI. La crisis financiera global, desde septiembre de 2005 con la quiebra de Lehman Brothers, no hace más que confirmar el fin de un modelo. Pero éste, cuya decrepitud amenaza toda la vida en el planeta, no se refiere sólo a un modelo económico, el capitalismo, sino a lo que le sostiene: su modelo de vida (cuya expresión económica es el capital) que, en 500 años, se desató como la bestia del apocalipsis, hambrienta de toda la riqueza del mundo.

¿Ironías de la vida o justicia histórica? Esta decrepitud empieza a carcomer, de modo ostensible, las economías de las potencias que se originaron a lo largo de la época moderna. Pues no se trata sólo de Estados Unidos e Inglaterra (hijos putativos de la libertad y la democracia), comprometidos en una doble guerra financiera global, contra el yuan chino y contra el euro; sino que, resultado de la crisis financiera y producto del complot mediático de la banca anglosajona, España y Portugal (junto a Grecia e Irlanda) parecen ser los primeros sacrificados del colapso que amenaza a la eurozona. Francia y Alemania actúan a la defensiva y se arriman a Rusia, algo impensable después de la caída del muro, pero inevitable ante la debacle europea. Europa y Estados Unidos

se preguntarán: ¿cómo es que nos arrastra esta decadencia si somos los creadores de la mejor economía y la mejor democracia? El resto del mundo (el 80% que sufre la miseria que produce la riqueza del primer mundo) responde, interrogando al



G-7: ¿es acaso la economía del primer mundo la mejor economía, es acaso la democracia que han producido una verdadera democracia, es acaso su política una buena política? La perversidad del proyecto moderno, en el primer siglo de su globalización —siglo XVI—, produjo más de cien millones de muertes; ¿cuántas más ha producido en su posterior expansión? En definitiva, ¿cuál es el precio real de “modernizar” todos los ámbitos de la vida? El último despliegue globalizador consistía básicamente en la actualización del propósito inicial: mercantilizar todo, es decir, ponerle precio a todo. Esto condujo a la privatización acelerada de, no sólo las responsabilidades públicas de los Estados, sino de los recursos básicos que hacen posible la vida de la humanidad.

Hasta la década de los sesenta, el mercado global de productos agrícolas, según la FAO, aseguraba excedentes comerciales cercanos a los 7,000 millones de dólares anuales en los países del sur del globo. Este excedente desaparece para fines de los ochenta, cuando todos estos países, fieles a las doctrinas de los organismos internacionales, abrazan las prerrogativas neoliberales: apertura de fronteras, ventajas comparativas y ajustes estructurales. Hoy, sin excepción, todos los países del sur son, irremediablemente, importadores de alimentos. Producto de las políticas neoliberales se mina la soberanía alimentaria y, en consecuencia, se produce la generación de miseria y hambruna a escala planetaria. Si la comercialización de las semillas se encontraba (aunque precariamente) democratizada, hoy, más del 80% del mercado de semillas, a nivel global, es propiedad de diez empresas transnacionales (Monsanto, Syngenta, Dupont, Bayer...) que imponen al mundo qué se debe producir, qué y cómo se debe comer y dónde se debe comprar. El primer mundo argüirá: “pero nunca la humanidad había producido tanta riqueza”. Nosotros preguntamos: ¿cuál es el precio de esa riqueza? ¿Es racional una riqueza que produce muerte y desolación? Si el fin de todos es ser feliz, ¿se puede ser feliz produciendo infelicidad en los demás? ¿Puede acaso el 20% rico del planeta vivir feliz produciendo la muerte del planeta entero? Desde que el norte rico impuso al sur pobre la fatalidad de su destino: abastecerle de recursos, esclavos, mercados, oportunidades financieras (robo legal), basurero de sus desperdicios, minó toda posibilidad de convivencia racional. Fueron los imperios modernos los causantes de la aparición de regímenes totalitarios en todo el planeta (el colonialismo es consustancial a la modernidad). El sistema-mundo moderno que reordena el globo es por eso mismo, moderno-colonial. Puede decirse que la clasificación social

es posterior, porque previamente acontece una clasificación racial, el racismo es el núcleo ético-mítico del mundo moderno. Todo su conocimiento posterior (y hasta el marco de sus relaciones jurídicas) tiene como fundamento el prejuicio moderno por antonomasia: el racismo. La determinación inicial de este

racismo es el eurocentrismo, núcleo ontológico y ordenador epistemológico de la filosofía y las ciencias modernas.

La hegemonía norteamericana, que se hace global gracias a la Segunda Guerra Mundial, pues como país triunfante impone al mundo su orden financiero y su moneda, se manifiesta también en su revolución cultural, hecha para construir hegemonía (algo que no desea reconocer Europa es que la inquisición, la quema de brujas, fue la revolución cultural de la cristiandad latino-europea; la “extirpación de las idolatrías” en el Nuevo Mundo, fue la masacre civilizatoria que inaugura la revolución cultural de la modernidad, seguida por el racismo ilustrado francés y el romanticismo alemán —justificaciones ideológicas de la expansión europea en el mundo—, frente a los cuales la revolución cultural en la China de los años sesenta fue un juego de niños). La revolución cultural gringa era Hollywood, pero ahora, con la mediocra-CIA, esta revolución radicaliza sus propósitos; ya no se trata de una expansión del mercado global sino de la invasión y ocupación de la subjetividad: control total y absoluto. El totalitarismo se resignifica con las grandes cadenas mediáticas, que preceden ahora a los ejércitos. Pero este pretendido control total de las conciencias no es más que una ilusión, por eso la infantería no desaparece y, con la privatización de las funciones militares, no hace más que demostrar que el control práctico es el que, en última instancia, define la potestad real. Por eso la “tormenta en el desierto” no se podía ganar desde las computadoras. En esa tormenta siguen atrapadas las potencias y, aunque presuman a diario sus victorias, sólo evidencian su larga y sinuosa derrota (Irak y Afganistán han descubierto los límites del poder militar del Pentágono, que mira celosamente la superioridad tecnológica militar que están alcanzando Rusia, India, China y hasta Corea del Norte).

En la lógica de la mafia, que fue la política que desplegó en el mundo la decadente potencia unipolar, desobedecer no era opción política. Pero, privando de opciones a los demás, los gringos se privaron, ellos mismos, de toda opción. En eso consistió la administración Bush: las últimas bravuconadas eran antesala de una decrepitud con síntomas de insania. Pretendiendo controlar el petróleo del Medio Oriente, acabó minando su propia hegemonía energética mundial, al grado de haber posibilitado que Rusia (su enemiga histórica) sea quien conduzca hoy el orden geoenergético global, posicionando también mejor a Brasil, Venezuela e Irán. China (el otro adversario), cuando se acelera el colapso del G-7, logra llevar la batuta en el orden geoeconómico, con el circuito que le

rodea: Hong Kong, Taiwán, Singapur, Macao... Los antiguos aliados se le escapan de las manos al imperio estadounidense: Japón, Turquía y, ahora, Ucrania. Triunfos para Rusia y China, y grandes pérdidas geopolíticas para Estados Unidos.

Mientras más desbocado es el despliegue militar, más catastróficas las derrotas, sobre todo en lo económico: según el reporte Wegelin, la deuda norteamericana sobrepasa en 600% a su PIB. Las más de 900 bases militares desparramadas en el mundo suponen un gasto, sólo en manutención, de cerca de 300,000 millones de dólares anuales, sin contar el último desembolso que solicitó Obama al Congreso de 900,000 millones. Todo esto no hace más que socavar la base financiera que soporta la musculatura militar gringa, además de reeditar los errores de los imperios: sobre-extensión imperial y guerra perpetua, lo cual provoca insolvencia y colapso de su poderío militar. Esto es lo que originó, entre otras cosas (como la desregulación financiera, los paraísos fiscales, cuentas fantasmas... artilugios neoliberales), el derrumbe financiero. Perdido el control de los hidrocarburos, ¿sobre qué pretendían recomponer su orden global?, ¿acaso sobre el conocimiento y la información? Uno de los productos de este supuesto conocimiento "infalible" son los derechos especiales de giro; ¿acaso esto remediará la decrepitud del dólar? No sólo el rublo y el yuan amenazan la hegemonía global del dólar (el euro desea salvarse presenciando desde el palco su declive), sino la moneda que propician las petro-monarquías árabes, el gulfo (hasta Ambrose Evans-Pritchard admite esto). La urgencia del sucre en nuestra América pasa por este reordenamiento financiero. El 65% que todavía posee el dólar en los flujos financieros y comerciales tiene como único respaldo su fuerza militar. Por eso la fisonomía del nuevo orden financiero global arrastra este lastre: la insolvencia de un dólar que tiene, como única garantía, sus bombas nucleares.

El despliegue militar que emprende Estados Unidos arrastra una serie de maldiciones, como lo es la arremetida contra el país de los talibán (donde no ha hecho más que contribuir a desarrollar la producción de opio, cuya tierra de cultivo supera en tres veces la destinada en toda América a la producción de coca... esa es su guerra declarada contra las drogas). Afganistán fue la tumba de los soviéticos y antes fue la tumba de Alejandro Magno. Perdida la guerra en ese país (en la última reunión de los invasores llevada a cabo en Londres, se discutió el cómo salir sin el rabo entre las piernas), se pierde la posibilidad de controlar la distribución gasífera del Asia central, que pasaba por controlar la provincia de Kandahar y su conexión estratégica, similar a la desestabilización proyectada en Pakistán para negarle un conducto geográfico a China del petróleo proveniente de Irán. El unilateralismo yanqui les propinó esta suerte de derrota histórica... y otra más: confiados en el éxito abandonaron a su patio trasero, lo cual les costó un resurgir de procesos revolucionarios en América Latina.

El decadente imperio se encuentra en apuros y actúa por mero instinto de sobrevivencia. Su hundimiento es inminente, pero en ese hundimiento la apuesta que realiza es suicida, como la

## El decadente imperio se encuentra en apuros y actúa por mero instinto de sobrevivencia

de quienes conducen los aviones que se estrellan en las torres gemelas. Ante la crisis global, la respuesta es amenazante: si caigo, haré de mi caída una catástrofe, de tal magnitud que produzca la caída de todos. Ni el mundo ni el planeta importan a la única prioridad que maneja la agenda gringa: su sobrevivencia. Por sobrevivir, Estados Unidos está dispuesto a acabar con la humanidad entera. Eso retrata la película *2012*, cuyo único logro parece ser esta nota: el plan de los ricos del mundo es salvarse a sí mismos. El plan financiero pasa por la misma necesidad: salvando a la banca privada no se salva nada, es más, es la mejor forma de perder todo. Sale más caro salvar a la banca que salvar del hambre a la humanidad entera, con el aditamento siguiente: salvando a la banca se acelera el derrumbe financiero, pues los banqueros son adictos a los juegos especulativos porque, además, los gobiernos les acostumbraron a garantizar sus pérdidas con dinero de los contribuyentes.

La banca financiera es insolvente. No en vano se pronostica (LEAP/Europe 2020) que para el 2010 los bancos se desplomarán nuevamente, cuando se descubra que la crisis no fue enfrentada sino que, más bien, fueron ellos los causantes, socorridos con dinero público. No sólo Obama o Gordon Brown, sino los otros jefes de las grandes firmas del crédito G-7, en su perorata sobre las dimensiones de la crisis global, manifiestan su ignorancia sobre su naturaleza (Bernanke, presidente de la Reserva Federal, andaba cacareando que la economía yanqui se recuperará a pesar de su declinación a menos del 25% del PIB global, mientras los países emergentes subieron por encima del 35%; en tanto, Neil Barofsky, inspector general por parte del Congreso de los Estados Unidos para vigilar los rescates bancarios, señaló en enero del 2010 que la crisis no se ha resuelto y que probablemente será mucho peor). La ignorancia proviene de quienes producen la crisis. Las palabras de Lula ante Gordon Brown en abril del 2009 (que omitieron las grandes cadenas de información, con excepción de Telesur), previas a la reunión del G-20 en Brasilia, no podían ser más certeras: "Esta crisis no fue producida por ningún indio, ni ningún negro, ni ningún pobre. Fue causada por gente blanca de ojos azules, por los comportamientos irracionales de los ricos del primer mundo."

La irracionalidad provoca la ceguera, y ésta, la demencia en los actos. Hay una guerra desatada por los gringos, en el orden geoenergético, contra Rusia y China. En el orden geopolítico, la guerra supone recapturar áreas de influencia. En eso consiste la invasión de Haití. La triangulación actual le permite al imperio el control del Caribe (control extendido al sur del continente): Honduras (donde propicia el golpe del gorileti), Haití y Colombia, con la instalación de siete bases. El terremoto no es algo que le cae del cielo, sino algo que provoca de modo deliberado (como el tsunami del 2008), por

ello la hazaña logística de la invasión —con 10,000 efectivos el primer día— sólo puede tener una explicación: el posicionamiento estratégico de divisiones militares ya dispuestas. La tecnología del proyecto denominado HAARP (High Frequency Advance Aurora Research Project) contiene investigaciones que datan de fines del siglo XVIII (si consideramos que este proyecto usa el pulso electromagnético tesla, cuyo inventor es Nikola Tesla), pasando por las del proyecto “Seal”, en Nueva Zelanda, durante la Segunda Guerra Mundial, y las investigaciones soviéticas del Pamir o “máquina de hacer terremotos”, que desde 1975 realizaba experimentos sísmicos en la cordillera Pamir, siendo reclutados los investigadores en 1995 por la US Air Force y trasladados con el laboratorio completo de Nizhni- Novgorod a Estados Unidos, para integrarse al proyecto HAARP.

El objetivo del tsunami del 2008 (provocado por experimentos nucleares submarinos, como lo devela el propio *Jerusalem Post*) era debilitar a los tigres asiáticos. El objetivo actual, con el terremoto de Haití, es dislocar geopolíticamente el desarrollo de los países emergentes; no se trata sólo de Haití, sino de restablecer el control geopolítico del Caribe y, en consecuencia, del sur del continente americano. Si la flota rusa realiza maniobras militares en el Caribe y China acuerdos energéticos en América del Sur, los gringos no tienen otra opción que la recaptura de su área inmediata de influencia.

China emprendió acuerdos estratégicos con Venezuela, Brasil y Rusia, otorgándoles créditos para exploración y explotación de petróleo, de 6 billones de dólares al primero, 10 al segundo y 25 al tercero, asegurando así la adquisición del energético por décadas. Mientras, Estados Unidos le va cerrando a esta potencia los corredores de los golfos de Omán y Aden, del estrecho de Ormuz y el de Malaca, vende además 6,000 millones de dólares en armas a Taiwán e incrementa las relaciones con el Dalai Lama, reviviendo así la guerra fría con el gigante oriental; los chinos no sólo se abren a otros mercados, sino que abren geopolíticamente el mundo a nuevas perspectivas que, de aprovecharse, consolidarían el orden multipolar y darían la estocada final al derrumbe anglosajón.

En este contexto, quienes se duermen acaban siendo atrapados por el sueño americano, convirtiéndose en pesadilla la vida, ya no sólo de sus países, sino del mundo entero. La apuesta gringa no es apuesta para nadie. El suicidio no es alternativa. El desarrollismo euro-norteamericano-céntrico conduce a un solo fin: el fin de todos y de todo. Se trata no sólo de una crisis financiera, sino de una crisis civilizatoria, una crisis que pone en crisis el fundamento mismo del capitalismo. Lo que constata esta crisis es la imposibilidad de continuar desarrollando una forma de vida que socava constantemente la

## El totalitarismo se resignifica con las grandes cadenas mediáticas, que preceden ahora a los ejércitos

vida del 80% de la humanidad y del planeta entero. Hasta el magnate ruso del aluminio se ha dado cuenta: esta crisis modificará el modelo anglosajón del consumo, lo cual inevitablemente tiende a cambiar los valores fundamentales del mundo moderno-occidental. La insistencia en recuperar la hegemonía anglosajona no hace más que precipitar el desorden del nuevo orden que se gesta. Por eso Estados Unidos aparece como un estorbo para un nuevo equilibrio político global. Ya no puede insistir en su papel rector cuando las instituciones que aseguraban ese papel se hallan, no sólo en decadencia (como el



FMI), sino que ya no poseen justificación alguna de existencia. El nuevo orden se configura en Oriente y, con ello, vuelve el Pacífico a ser el centro de la economía mundial (como lo fue por milenios), desplazando al Atlántico y al Occidente y cerrando una de las épocas más oscuras e infames de la historia mundial: los cinco siglos de la modernidad. China, Japón y Corea del Sur impulsan un desarrollo tendiente a reducir su dependencia económica de Occidente. También Rusia apunta a la creación de un nuevo orden regional en el lejano Oriente y el Asia central; los programas de cooperación entre Pekín y Moscú llegan ya a los 205 proyectos regionales conjuntos hasta el 2018,

incluyendo a Kazajstan, Turmekistan y Uzbekistan. China asegura sus inversiones convirtiéndose en la administradora de la seguridad regional, con ello deja en nada la iniciativa gringa de cerrar los estrechos de Ormuz y Malaca. Si el Golfo Pérsico se había convertido en la más explosiva zona de la geopolítica global, donde parecían estrellarse los intereses de Washington y Pekín, con la jugada estratégica china los intentos de la Casa Blanca caen en saco roto, pues los chinos abren sus intereses por otros lados y los rusos se perfilan como los patrocinadores del nuevo reordenamiento geoenergético global (Francia y Alemania se rusifican, es decir, se alejan de Washington, conscientes de su dependencia gasífera). Rusia, que tiene 75% de las reservas de gas en todo el Asia central —lo que le coloca en el primer lugar en reservas mundiales— ya no brinda sus recursos gasíferos al despilfarro de Occidente, sino que empieza a usarlos estratégicamente. Este reordenamiento geoenergético que patrocina tiene que ver con el hecho de que el mar Caspio posee las terceras reservas de petróleo mundiales, lo cual le posiciona como uno de los lugares geoestratégicos de mayor importancia.

De hoy en adelante, manejar los recursos energéticos con criterios estratégicos es fundamental, porque la energía se ha



vuelto vital para todo desarrollo, y no puede abandonarse por ello a las irracionales leyes del libre mercado. De eso trata precisamente la nueva configuración global. Ninguna de las potencias emergentes es autosuficiente (económica, financiera o energéticamente), lo cual les conduce a cobrar conciencia de algo que empieza a tomar cuerpo: la competencia multipolar pasa por una política

exterior, en todos los ámbitos, que busque y asegure más la cooperación que la confrontación (en Bolivia aparece dicha cooperación con una especificación más sugerente todavía: la complementariedad y la reciprocidad). Los países emergentes ya no pueden perseguir su propio desarrollo desentendiéndose del desarrollo del resto. Por eso no se trata de salir sino de acoger. El mundo es nuestro único hogar. Ningún desarrollo puede socavar aquello que es hogar de toda la humanidad y toda la naturaleza. En este contexto es que se destaca la creación, en China, de la Comisión Nacional de Energía, una especie de comisión supra-ministerial que reúne a la Comisión de Desarrollo, Reforma, Energía Nuclear y al Banco Central. El uso de la energía no sólo tiende a su uso combinado, diversificado, sino a su sostenibilidad, cuyo criterio ya no sea la rentabilidad (entendida en términos de ganancia) sino la racionalidad ecológica. El uso racional y responsable de la energía pasa por otorgar capacidad de decisión en las políticas energéticas a los afectados por dichas políticas. Si la afectada es la propia naturaleza, ¿cómo es que escuchamos su parecer? Esto, inevitablemente, ha de revolucionar el concepto mismo de política. Ampliar la esfera de las decisiones pasa por una radicalización de la democracia; ya no se trata de la discusión entre democracia representativa o participativa, sino de la recuperación comunitaria y ampliada del “demos” que constituye la democracia misma. Consolidar el incipiente orden multipolar en el mundo pasa por esa ampliación democrática. En momentos de crisis económica, el mejor administrador no es el rico (quien sólo sabe despilfarrar la riqueza) sino el pobre. No hay solución para la pobreza mundial sin la participación de los pobres del mundo. Los ricos también quieren una reforma, pero sin que ésta toque su dominio financiero; de su quiebra inminente no emana consejo que pueda atender la humanidad, es mejor que aprendan a escuchar.

Un nuevo éxodo se avizora en la historia mundial. El imperio se resiste en su decadencia, “se endurece su corazón”, origina sus propias desgracias. La maldición que arrastra es lo que le desmorona. Informes de inteligencia no sólo delatan la balcanización de México, producto de los carteles del narcotráfico y de la excesiva injerencia norteamericana, sino de la fenecida potencia unipolar. Resurgen en Norteamérica los odios del sur contra el norte; el partido del té es la clara manifestación de una regresión en la política gringa: el sector más racista de la extrema derecha fundamentalista genera el “Tea Party” y promueve a Sarah Palin (no es raro que la nueva presidenciable, ante el fracaso anticipado de Obama —quien se

## Es no sólo una crisis financiera, sino una crisis civilizatoria, una crisis que pone en crisis el fundamento mismo del capitalismo

volvió blanco más rápido que Michael Jackson—, sea la iletrada ex candidata republicana a la vicepresidencia). Si la opulencia fue el factor principal de estabilidad en ese país, ¿qué pasará cuando esta opulencia sucumba? Egipto acabó cuando los esclavos (motor de la economía) abandonaron ese imperio y cruzaron el mar de los juncos, hundiendo al mayor ejército conocido hasta ese entonces. ¿Será la repatriación de los inmigrantes lo que selle el fin del imperio yanqui? Si el *New York Times*, en febrero del 2009, ya señalaba que el desempleo representaba una amenaza a la estabilidad mundial, ¿qué decir del desempleo creciente en las naciones avanzadas que, en el 2009, evidenciaban 500,000 despidos por mes, desalojos superiores a los dos millones de viviendas, quiebras continuas de los sistemas bancarios, etc.? Por eso no es grato el futuro de los países sujetos al dólar. La supuesta economía exitosa de Chile registra, desde el 2008, considerables caídas (cerca al 2%) que destacan otro hecho: el supuesto éxito neoliberal no es tal, pues los índices de crecimiento económico de la dictadura nunca fueron superiores a la media del crecimiento anterior; lo que sí creció, de modo alarmante, fue la concentración de la riqueza en el sector privado. La menor distribución genera la apariencia de mayor riqueza. Ese espejismo es la trampa del modelo capitalista.

La modernidad es la era de las apariencias. Produce Estados aparentes, democracias aparentes; lo más que puede prometer en plena crisis son reformas y maquillaje. Desde que empodera su presencia global, sólo puede desarrollar una política de dominación, lo que, a la larga, produce una ausencia de sentido histórico en el conocimiento que patrocina. Se hace conservadora. Por eso la política y la historia se le evaden y éstas aparecen, desde el sur, para imprecarle su falta de visión. La ceguera provoca esta desestabilización global. Hoy empieza la Cumbre de Río. Terminar con la OEA debiera ser un imperativo. Sólo Venezuela y Bolivia levantan una voz que debiera ser unánime, no sólo por Honduras, sino por toda la amenaza regional que representa la última invasión a Haití. En 2001, desde Estados Unidos, se lanzó otra santa cruzada contra el mundo entero: la llamada guerra del bien contra el mal. Inventaron un monstruo: el terrorismo. Para luchar contra éste se hicieron, ellos mismos, monstruos. Ahora creen que generando cataclismos saldrán ilesos. Pero no se asesina impunemente. Asesinato es, como dice Franz Hinkelammert, suicidio. La injusticia genera maldición y la maldición acaba con el que la origina. Esa es la maldición que arrastran los imperios.

La Paz, Bolivia, 22 de febrero de 2010 ☒

**Rafael Bautista S.** Escritor boliviano, estudió música y filosofía. Ha sido finalista en el Premio Nacional de Poesía Yolanda Bedregal - 2003 y en el Nacional de Cuento Bartolomé Arzans y Orzua FIC-2004. Entre sus libros, pueden citarse: *La Intimidad*, *La Memoria Obstinada*, *Octubre: El Lado Oscuro de la Luna* y *Pensar Bolivia: del estado colonial al estado plurinacional*. Este ensayo que aquí publicamos es una versión resumida del texto que se publicó en Bolivia.